

—Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal; y empezaba luégo.

Yo, por divertirle, le decía:

—¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día?

Á lo cual dijo:

—En acabando este, le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos.

Afligime tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegamos á Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta, no quedaría troncho que no viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una Pragmática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidíome muy congojado que la leyese, si la tenía. Prometí de hacerlo en la posada; fuimos á una adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido; abrazólos á todos; y luégo comenzaron unos á pedirle oración para el Justo Juez, en verso grave y sentencioso, tal, que provocase á gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome:

—Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesa merced, me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la Pragmática.

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPITULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla donde dormí

RECOGIÓSE un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer; comimos, y luégo pidieron se leyese la Pragmática. Yo, por no haber otro qué hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprender en ella. Decía de este tenor:

PRAGMÁTICA

CONTRA LOS POETAS HUEROS, CHIRLES Y EBENES

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo:

—Hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es sólo contra los poetas ebenes.

Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía:

«Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listo-

nes y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes: mandamos, que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos, y para ello señalamos casas de arrepentidos.

»Item: advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas: les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

»Item: habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres: declaramos que nos tenemos por desquitados, con este mal que las hemos hecho, del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas para sacar el oro, plata y perlas; pues en los más versos hacen á sus damas de todos metales.»

Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pié, dijo:

—Mas no, sino quitarnos las haciendas; no pase vuesa merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal Pragmática; y luégo quiero irlo á averiguar ante la justicia.

En parte, me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacía tarde) le dije:

—Señor, esta Pragmática es hecha por gracia; que no tiene fuerza, ni apremia, por estar falta de autoridad.

—¡Oh pecador de mí!—dijo muy alborotado.—Avisara vuesa merced, que mé hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vuesa merced qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosiga vuesa merced y Dios se lo perdone el susto que me ha dado.

Proseguí, diciendo:

«Item: advirtiendo que después que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas y tan embebecidos en su música, que no pacen: mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de la soledad, y á los demás (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden de mozos de mulas.

—Algún cornudo..... judío..... ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaría á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinajeroso y sacristán ha de ser mozo de mulas? ¡Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas!

—Ya le he dicho á vuesa merced—repliqué yo—que son burlas, y que las oiga como tales.

Proseguí, diciendo:

«Item: por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora.»

Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas de puro vieja, y con tantas cazcarrías, que para enterrarse no era menester más de estregársela encima; el manteo podíase con él estercolar dos heredades; y así, medio riéndome, le dije que mandaba también poner entre los desesperados que se ahorcan y despeñan; y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mujeres que se enamorasen de poetas á secas. Y que advirtiendo á

la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelación. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así:

«Pero advirtiéndolo, con ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes: mandamos que pueda haber algunos oficiales de este arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes, limitando á los poetas de farsantes, que no acaben los entremeses con palos, ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos, que no sucedan los casos en Tetuán, desterrándoles estos vocablos: *hermanal* y *pundonores*. Y mandámosles que para decir: *la presente obra*, no digan: *zozobra*. Y á los sacristanes, que no hagan los villancicos con Gil, ni Pascual; que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelven á cada fiesta; y finalmente, mandamos á todos los poetas en común que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.»

Á todos los que oyeron la Pragmática pareció cuánto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella; sólo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las visperas solemnes, introitos y kiries, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos; y que él sabía mejor lo que había de hacer, que nadie; y últimamente dijo:

—Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel.

Y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega, como lo estaba de mí; y que había visto á don Alonso de Ercilla, mil veces; y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía y malos. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa,

que no querían salir de la posada. Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el Puerto. Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; luégo trabamos plática, y preguntóme que si venía de la corte. Dije que, de paso había estado en ella:

—No está para más—dijo luégo—que es pueblo para gente ruin; mas quiero, voto á Cristo, estar en un sitio la nieve á la cinta hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien.

Á esto le dije yo que advirtiese que en la corte había de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte:

—¡Qué estimar!—dijo muy enojado—si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicio y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas.

Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de bubas, como el sol es claro; luégo en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas.

—Estas—me dijo—me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña ¡voto á Cristo! hombre, vive Dios, tan señalado.

Y decía verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles que debían de ser de otro, á quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza; y que el

Cid, ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo:

—¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julián Romero, ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces sí que no había artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vuesa merced en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.

—¿Es vuesa merced acaso?—le dije yo;—y él me respondió:

—¿Pues qué otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre.

Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias acostumbrado, y empezó á alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo:

—¡Ah, padre! más espesas he visto yo las picas sobre mí; y ¡voto á Cristo! que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro á Dios!

El ermitaño le reprendía que no jurase tanto. El soldado le respondió:

—Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprende mi propio oficio.

Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún pícarón, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia y estima, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto; el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña, hecha bolas de madera, que á cada Ave María sonaba un cabe, y el soldado comparando las peñas á los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado.

—¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto—decía—y hiciera buena obra á los caminantes!

En estas y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla; entramos en la posada todos tres juntos, ya anochecido; mandamos aderezar la cena; era viernes, y entretanto el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios: juguemos Ave Marías.

Y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.

Yo, codicioso, dije que jugaría otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, y que eran hasta ducientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le suceden todos sus intentos al Turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luégo nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima; perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pesias, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda; no dejaba santo que no llamaba. Acabó de pelarnos; quisimosle jugar sobre prendas, y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, que éramos prójimos, y que no había de tratar de otra cosa.

—No juren—decía—que á mí, porque me encomendaba á Dios, me ha sucedido bien.

Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte.

—¡Pesia tal!—decía el pobre alférez, que él me dijo entonces que lo era—entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.

Él se reía, á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedile que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos *in puribus*. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos. ¡No ví tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar; dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traían, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persignó, y nosotros nos santiguamos de él; durmió, y yo estuve desvelado trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hizose hora de levantar; pidió luz muy apriesa, trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundía la casa á gritos, pidiendo que le diesen sus servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo y trajo tres bacines, diciendo:

—He ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios? entendiendo que nos habían dado cámaras. Aquí fué ello, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, gritando que le había de matar, porque hacía burla de él, que se había hallado en la naval, San Quintín y otras, trayéndole servicios, en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aún no podíamos. Decía el huésped:

—Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas.

Apaciguámoslos y tornamos al aposento. El ermitaño receloso se quedó en la cama, diciendo que le había hecho

mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un ginovés (digo de estos ante-cristos de las monedas de España) que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversación con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzón, y si era bien dar dineros ó no á Visanzón; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió, riéndose:

—Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda;—de lo cual sacamos que en Visanzón se lleva el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia (aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como doncellez en cotorrera, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que con los sucesos de Cabra me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino, aguardando. Enterrecíme, y entré algo desconocido de cómo salí, con punta de barbas y bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón, diciendo que no le conocían. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo; cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados

delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien había dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y dijome:

—Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo.

Yo, que me ví á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos que azotado, dije que le aguardaría allí; y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas; volvió y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI

Del hospedaje de mi tío y visitas, y la cobranza de mi hacienda y vuelta á la corte

TENÍA mi buen tío su alojamiento junto al Matadero, en casa de un aguador; entramos en ella, y dijome:

—No es alcázar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios.

Subimos por una escalera, que sólo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpías y otras herramientas del oficio. Dijome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba, y yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Dijome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés, morada, uno de los que piden para las ánimas; y haciendo són con la cajeta, dijo:

—Tanto me han valido á mí las ánimas hoy, como á ti los azotados: ¡encaja!